

January 1986

## Imposición e imitación: Determinantes de nuestra arquitectura

Gustavo Alberto Rodríguez Alvis

*Universidad de La Salle*, [revista\\_uls@lasalle.edu.co](mailto:revista_uls@lasalle.edu.co)

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Rodríguez Alvis, G. A. (1986). Imposición e imitación: Determinantes de nuestra arquitectura. *Revista de la Universidad de La Salle*, (12), 81-84.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

## **Imposición e imitación: Determinantes de nuestra arquitectura**

**Gustavo Alberto Rodríguez Alvis\***

América, en su condición de continente surgido al mundo occidental cuando éste había alcanzado un alto grado de civilización, ha sido durante casi cinco siglos, transcurridos desde el descubrimiento, campo de proyección de todo aquello surgido en Europa y, sobre todo, en las naciones de tal continente que por uno u otro motivo se han hallado más ligadas al nuestro.

Lo afirmado, en el caso de la arquitectura, ha sido particularmente notorio, pues todo lo que dentro de este campo ha primado desde la llegada de los españoles, ha sido determinado por sucesivas imposiciones e imitaciones que aún continúan apareciendo, pero con nuevos focos de influencia y por medio de procesos más complejos; precisamente estos hechos son los que en la presente síntesis espero probar.

Los pueblos conquistadores, sean cuales fueren su origen y características intrínsecas, han tratado por todos los medios de imponer su cultura a aquellos otros sobre los cuales ha pesado su dogal. En el caso de los españoles en América, éstos impusieron una política tendiente a arrasar toda huella social y cultural de los aborígenes, de lo cual (estructuras jurídicas, impuestos, gravámenes, etc.), aún se perciben rezagos. En lo que actualmente es Colombia dicha imposición fue particularmente notoria, a lo cual contribuyó la inexistencia de migraciones posteriores que de algún modo atenuasen tales huellas. De lo anterior, la arquitectura y el urbanismo fueron algunos de los aspectos donde la intención impositiva se dio más plenamente; los pequeños poblados indígenas desaparecieron y en su lugar surgieron ciudades planteadas con base en una retícula ortogonal celular (manzanas cuadradas y calles sin discrimina-

---

\* Arquitecto egresado de la Universidad de La Salle.

ción), con la cual se pretendía, además de estereotipar las fundaciones, controlar más fácilmente cualquier eventual sublevación de los nativos; es decir, poseía un muy clara intención panóptica; sobre el mencionado trazado se implantaron grandes y aireadas casonas a similitud de las que los moros (con elementos propios y algunos de otras culturas) dejaron en la cálida Andalucía. Este esquema, con base en un patio central y utilización de grandes alturas, por razones obvias, podía perfectamente funcionar en ciudades cálidas de nuestro ámbito, pero en latitudes donde reinan condiciones inversas, como lo son Bogotá y Tunja por ejemplo, son en verdad un grandísimo desacierto que se va acrecentando si observamos cómo en lugares tales como los mencionados, se construyeron sin modificación alguna, lo que demuestra el carácter impositivo con que los esquemas urbanos y arquitectónicos se trataron durante la Colonia.

La imposición que caracterizó la arquitectura y el urbanismo coloniales, ciertamente "caló" muy hondo dentro de los criollos, mestizos y hasta los mismos indígenas, convirtiéndose los esquemas citados en algo casi dogmático, que una vez finalizada la dominación hispánica continuó utilizándose con muy pocas modificaciones; éstas sólo vinieron a plantearse parcialmente cuando aparecieron nuevas nociones influenciadoras que fueron, como puede esperarse, aquellas de donde habían surgido las ideas y esquemas políticos en los cuales se habían basado la Independencia y la República. Entre tales naciones principalmente se encontraban Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, donde se habían producido sendas revoluciones sociales y políticas, las cuales se habían plasmado estéticamente en el Neoclasicismo principalmente, movimiento que bien pudiera tomarse como un segundo renacimiento de las formas y elementos de la antigüedad clásica, pero que esta vez se hallaban altamente impregnados de sentido político y simbólico de los nuevos órdenes y clases instaurados en el poder. Es a partir de este momento (el de la llegada de tales elementos a nuestro país), cuando la imposición forzosa que pesara sobre nuestra arquitectura y urbanismo, se convierte en la imitación de los modelos grandilocuentes del neoclasicismo y demás "neos" que posteriormente surgieran, fue la nota dominante durante la segunda mitad del siglo XIX y las tres primeras décadas del actual siglo; a este período (quizá por la alta intención simbólica que encarnó), se le ha conocido, no sé si equivocadamente, como periodo republicano y representa con claridad lo que podría llamarse el Romanticismo de nuestra arquitectura, en el que toda manifestación estética surgió gratuitamente con la sola justificación de seguir una "moda" ya en desuso en su lugar de origen; es también entonces cuando aparece un personaje fundamental para la comprensión de los fenómenos urbanísticos y arquitectónicos actuales, el urbanizador, quien igualmente imitó modelos foráneos que, tales como la reducción de los espacios y los lotes, se habían utilizado en países (Inglaterra por ejemplo), donde la migración hacia los grandes centros industriales había ocasionado altas cotizaciones de la propiedad raíz con las obvias reducciones de calidad y tamaño.

Continuando con el sentido imitativo predominante durante el periodo, éste desde principios del presente siglo se comenzó a impregnar de los primeros síntomas modernistas; entre éstos las primeras y tímidas apariciones de estructuras metálicas y de concreto, que si bien, imitadas, aparecían como un ingrediente fundamental para la realización de obras de mayores dimensiones y fundadas en nuevos conceptos.

Hacia 1930 se dan en el país (y también a nivel internacional) hechos de diversa índole, que determinarán hondas transformaciones dentro de las adormecidas estructuras sociales y económicas del mismo, que de modo notorio habrían de repercutir dentro de la arquitectura y el urbanismo; en primer lugar se da una sustitución de clases (ascenso a las clases medias), además el liberalismo en el poder y las repercusiones de la recesión económica internacional; es entonces cuando por primera vez se toma el problema urbano y arquitectónico desde un punto de vista racional, lo que no implica que se siga determinando con base en modelos importados, pues el racionalismo a pesar de su carácter universalista, es totalmente importado y, por cierto, muy alejado del sentir de nuestras gentes.

Durante la década de 1930 y la subsiguiente se suceden, aparte de los primeros ejemplos racionalistas, innumerables copias de arquitectura doméstica del exterior (inglesa, francesa, fascista italiana, mediterránea, etc.), cuyas características espaciales muy poco varían de una a otra, pero con un criterio exterior tendiente a trasladar al observador a latitudes distintas de la circunstante; esto también se da en los edificios de oficinas que frecuentemente son fieles réplicas de "rascacielos" de la escuela de Chicago, y en otros casos se inspiran en obras más recientes de acento Art-Déco; en estas últimas se advierten algunos rasgos nacionalistas, perceptibles en las ornamentaciones donde se ven plantas y elementos del trópico; este hecho pudo haberse causado a raíz del auge nacionalista que dentro de las artes plásticas tuvieron algunos artistas conocidos como los "Bachués"; precisamente algunos de ellos decoraron edificios de la época. Igualmente dentro de este periodo de transición (que va desde 1930 hasta 1950), surgen los primeros arquitectos formados dentro del país; este hecho, numerosas veces se ha mostrado como una verdadera revolución dentro de nuestra arquitectura, pero a mi parecer, al menos durante los primeros años, no repercutió positivamente en lo que respecta a modelos extranjeros imitados, por lo demás se continuaron imitando.

Con el comienzo de la década de 1950 y el afianzamiento del racionalismo (esta vez con los primeros arquitectos formados en el país, que al menos durante esta década, mirarán el problema de un modo más objetivo), se inicia el periodo contemporáneo; este movimiento, al centrar su objetivo sobre la función por encima de la forma, permitía una más libre interpretación estética, que si bien no fue propia al menos dejó un campo mayor para que la arquitectura tomase nuevos derroteros;

esto se debió en buena parte a la creciente migración hacia las ciudades, lo cual hacía imprescindible el empleo de conceptos arquitectónicos contenedores de un amplio fondo social; tal tendencia, de haber continuado su evolución, tal vez hubiera desembocado en conceptos más apropiados a nuestras circunstancias, pero de nuevo se miró hacia los perpetuos influenciadores externos, que esta vez fueron los Estados Unidos y el Japón, país del que se copiaron profusamente extravagantes y hasta deplorables ejemplos durante el primer lustro de la década de 1960; por otra parte, en obras de alguna magnitud el internacionalismo lanzado desde los Estados Unidos comenzó a cobrar adeptos; de este último, a pesar de su bajo contenido, pudiera decirse, al menos no pecaba de extravagante, pero eso sí, con una muy alta dosis de despersonalización.

Desde 1965 ocurre en el país uno de los fenómenos que dentro de la historia de la arquitectura nacional, aquí "dizque" por primera vez se quiso hacer una arquitectura "nacional", con logros que ciertamente pudieran tildarse de desastrosos; se trata del muy conocido (sobra mencionar por qué), "Guatavitismo", (en término peyorativo), también conocido en términos más "comerciales" como "arquitectura colonial", que quizá por su excesiva cursilería llegó muy hondo a nuestras gentes, imbuidas dentro de un medio cultural mísero y sin mayores perspectivas de evolución.

A partir de tal momento elementos tan pobres como la teja de barro, el ladrillo tablón y los farolillos se convirtieron en la nota "In" de las ya muy numerosas clases emergentes y por supuesto de los urbanizadores, quienes aquí encontraron una excelente vitrina para vender mediocres creaciones. A partir de tal momento, la cursilería se convirtió en el principal ingrediente de nuestra arquitectura, abriendo paso a pobrÍsimas copias de arquitectura foraneizada que a diferencia de lo que en épocas anteriores se copiaba (mal o bien), nunca alcanzarán puesto siquiera nominal dentro de nuestra arquitectura, pues ésta cuenta de ahora en adelante con una nueva determinante, el consumismo. Este se hará más notorio en años posteriores cuando irrumpa la pomposamente denominada "arquitectura del ladrillo", que disfrazada como logro nacional (sin serlo), se convirtió de la noche a la mañana en el "best seller" de nuestra arquitectura. Al lado de tales manifestaciones comienzan a surgir durante los últimos diez años, extravagantes centros comerciales que, basados en las grandes "malls" norteamericanas, pasan a la galería de los mayores (por desgracia), éxitos locales. Todo lo anterior con agravantes económicos (UPACS, etc.), sume a la arquitectura nacional y al arquitecto mismo, en un momento en el que a pesar de las innumerables limitantes, debe hacerse algo para que nuestra arquitectura se comience a liberar paulatinamente de las cargas que secularmente la han determinado y cuya objeción quizá algún día permita hablar de una arquitectura nacional.